

EL HOGAR SIN PADRE

Padre de huérfanos y defensor de viudas, es Dios en su santa morada. Salmo 68:5

Sabemos por experiencia que no todo hogar es un cuadro «ideal» de padre, madre e hijos. En muchos hogares el padre brilla con su ausencia, sea por la muerte o por abandono. También tenemos los hogares en que el padre cumple su servicio como militar, en defensa de su patria. Lo mismo hay madres que están en el ejército y dejan al padre o a los abuelos el cuidado de los hijos. Otros tienen que buscar trabajo lejos.

No voy a entrar en detalle sobre cada caso; me voy a concentrar en el hogar sin padre. Pero en cada hogar donde le abren las puertas, el Padre celestial está listo para envolver a cada miembro de la familia en su amor y misericordia.

Padre de huérfanos

A lo largo de la Biblia Dios muestra que es «padre de huérfanos y defensor de viudas». Esta realidad se me ha hecho mucho más patente ahora que estoy incluida en ese grupo. Desde que murió mi esposo he visto de manera muy especial el cuidado de mi Padre en el cielo.

Un relato que me conmueve está en 2 Reyes 4:1-7. Murió uno de los hijos de los profetas. Llegaron los acreedores a casa de la viuda para tomar a dos de sus hijos como siervos. Muy desesperada la pobre mujer busca ayuda del profeta Eliseo. Él le pregunta lo que tiene en casa. «Solamente una vasija de aceite», responde ella.

Vasijas prestadas

El profeta, al oír lo que la viuda tiene en casa, le dice que vaya a todos sus vecinos a pedir prestadas vasijas vacías. **«Vasijas vacías, no pocas.»** Luego debe echar el aceite en las vasijas. No sabemos cuántas vasijas consiguió; pero el resultado del milagro dependía del esfuerzo que ella y sus hijos pusieran en conseguir vasijas.

Imagina a esta mujer y sus hijos recorriendo todo el pueblo, de casa en casa, pidiendo prestado vasijas. Muchos seguramente le dieron las vasijas por compasión; sabían que recientemente había enviudado. No hay duda que le preguntaron para qué las necesitaba.

En algunos casos, me imagino que se sintió humillada al hacer la petición. Pero su situación desesperante la llevó a hacer cualquier sacrificio por conseguir vasijas.



Partícipes del milagro

¡Al fin de cuentas pienso que ella se lamentó de no haber conseguido más vasijas! Después de haber llenado la última vasija con aceite, ya no hubo más. Pero todavía le quedaba trabajo por hacer. ¡Se convirtió en negociante!

«Vende el aceite, y paga a tus acreedores.»

¡Dios nos hace partícipes de la obra de milagros! El Señor no sólo proveyó para las deudas del pasado; también dio a la mujer para las necesidades del futuro. **«Tú y tus hijos vivan de lo que quede.»** ¿Crees que la viuda deseó haberse esforzado más en reunir vasijas?



Hay otros ejemplos del cuidado de Dios cuando en el hogar no hay padre. Hoy no es tan grave el problema como fue en los días de la Biblia. La mujer puede valerse en el mundo de los negocios. Pero la condición para las viudas era difícil en esos días.

Noemí y Rut

Noemí y Rut eran dos mujeres sin un proveedor en casa. Noemí no solo había quedado viuda sino que había perdido también a sus hijos. Ella y su familia habían ido a la tierra de Moab cuando hubo hambre en Israel. Habían dejado a Belén, la «casa de pan», para buscar sustento lejos del pueblo de Dios. Allí murió su esposo y allí murieron sus hijos.

Triste y amargada Noemí volvió a su patria; pero en compañía de una de sus nueras. Cuando en Belén se alegraron de verla, ella les dijo: «No me llamen Noemí (placentera) sino díganme Mara (amarga), porque Dios me ha colmado de amargura. Nos fuimos con las manos llenas, y ahora vuelvo sin nada. ¿Por qué me llaman Noemí si Dios me ha afligido, si me ha hecho desdichada?» (Rut 1:20,21).

Cuando sufrimos las desgracias de la vida podemos sentirnos como Noemí. El luto agobia nuestro corazón. Muchas veces en lugar de buscar refugio en el Señor nos quejamos y lo culpamos. Pero Dios no había abandonado a Noemí. Su muy cariñosa nuera, Rut, trabajó para sustentarlas a ambas.

Lee la historia en el libro de Rut. El final fue gloriosamente feliz, en que Noemí llegó a ser abuela de quien un día fuera el abuelo de David.



Booz, Rut y Noemí se gozan por el nacimiento de Obed

La viuda de Naín

Para todos, la vida tiene sus altos y bajos. Para una viuda en Naín la vida le trajo un día muy «bajo» cuando murió su hijo. ¡Qué angustia habrá sentido en su corazón cuando se dirigía al cementerio para enterrar a su único hijo! Fue entonces, en el camino, cuando tuvo el encuentro más milagroso de su

vida. Jesús se encontró con el cortejo fúnebre, vio a la madre que había perdido a su hijo amado, y tuvo compasión de ella. «**No llores**», le dijo. ¡Y resucitó al muchacho!

No muchas madres viudas que pierden a su único hijo lo recibirán de vuelta por resurrección. Ése fue un milagro único, en un tiempo único, cuando por unos cuantos años Dios caminó en sandalias de hombre. Pero el consuelo del corazón lleno de amor de Cristo lo podemos sentir en cualquier momento.

No necesariamente hay que ser viuda y llorar la muerte de un hijo único para que Jesús nos diga «No llores». Sea quien seas, y cualquiera que sea tu situación y lo que te agobia, recibe esta palabra de consuelo: «No llores».

Defensor de viudas

En los momentos más angustiosos de mi vida, cuando mi corazón lloraba amargamente, el consuelo del Señor fue tan tierno que no tengo palabras para explicarlo. Si hoy necesitas ayuda y consuelo, si en tu hogar no hay padre que toma las riendas, recibe el dulce amparo que Jesús te ofrece.

Cuando no hay padre en el hogar, cuando la mujer ha sido abandonada, hay un Padre en el cielo a quien puede acudir. «...**defensor de viudas, es Dios en su santa morada**» (Salmo 68:5).

La semana pasada vimos que Dios escogió a la viuda de Sarepta para que alimentara al profeta Elías. Como ella estuvo dispuesta a ser un instrumento de Dios, no faltó provisión para ella y su hijo.

En el libro de Hechos vemos que la iglesia atendía a las viudas; aun hubo quejas de que unas eran mejor atendidas que otras, lo cual resultó en que los apóstoles escogieran diáconos para que hicieran la distribución de víveres (Hechos 6:1-6).

El apóstol Pablo dio instrucciones a Timoteo de que se honrara a las viudas; pero también de que los hijos y los nietos debían encargarse de una madre y abuela viuda. Léelo en 1 Timoteo capítulo 5.

Mi propósito hoy es animarte a confiar en el Defensor de viudas. Sea que hayas enviudado debido a la muerte de tu amado o que hayas sido abandonada, o si eres divorciada, Dios es tu Padre y Defensor. Por cualquier motivo que no haya padre en tu hogar, confía en tu Padre celestial. Él sabe de qué cosas tienes necesidad, aun antes que se lo pidas.

Jesús, tu amado Salvador, te dice lo mismo que a la viuda de Naín: «No llores».

La invitación de nuestro Señor es grandiosa:

«Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso... yo soy apacible y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su alma» (Mateo 11:28,29).